

El Apoyo social en el proceso de acompañamiento

FRÉDÉRIQUE LERBET-SERENI*, ANGEL EGIDO**

Introducción: interés y toma de conciencia sobre los efectos del apoyo social

Sin duda alguna, lo social ha supuesto para el ser humano un poderoso mecanismo de adaptación en el proceso evolutivo, y aunque esta calidad hoy se muestra más que evidente y nadie osaría ponerla en duda, los efectos que de ella se derivan ha sido frecuentemente olvidados en disciplinas que se dicen “Humanas” como la medicina, psicología o la pedagogía.

Es en este sentido en el que Aristóteles afirmaba que el hombre es un ser social (*zoom politikon*) refiriéndose precisamente a esa dependencia del individuo con respecto a la agrupación, para quien el grupo suponía más que la mera suma de sus miembros.

“El hombre, decía Aristóteles, es un ser naturalmente sociable, y el que vive fuera de la sociedad por organización y no por efecto del azar es, ciertamente, un ser degradado o un ser superior de la especie humana (...). Aquel que no puede vivir en sociedad y que en medio de su independencia no tiene necesidades no puede ser un miembro de la polis es un bruto o un Dios”.

Veinticuatro siglos después George Herbert Mead afirmará: “No existe organismo alguno de ninguna especie cuya naturaleza o constitución sea tal que pueda permitirse existir o mantenerse en completo aislamiento de todos los demás organismos vivos (...). Todos los organismos vivos están ligados en su medio o situación social general, en un complejo de interacciones sociales del cual depende su existencia continuada¹.”

* Escuela doctoral de letras y Ciencias Humanas. Université de Pau et des Pays de l'Adour, France.

** Instituto de Psicología y Sociología Aplicadas. (IPSA) *I contributi*.

¹ Mead, G. H. (1934), *Mind, self and society*, Chicago: Chicago University Press.

Entre las fechas de estos dos autores, la vida del ser humano ha continuado vinculada a lo social y, a menudo, dirigida a adaptarse a ese contexto social. Este reconocimiento de lo social y de las relaciones que lo configuran no debe sorprendernos por tanto. Su relevancia es tal que lo encontramos en numerosas obras de todos los géneros a lo largo de la Historia.

Este interés por lo social como vía de adaptación del individuo, ya había sido subrayado por Hipócrates quien había reconocido la importancia de los procesos sociales y otros factores ambientales en el desarrollo de la enfermedad. En general esta idea es recurrente a través de culturas y épocas y en modo alguno puede considerarse como idea original de nuestro siglo.

No se puede concluir, sin embargo, que las primeras formulaciones sobre el mantenimiento del bienestar hayan constituido un marco de referencia a las actuales investigaciones sobre el apoyo social o el acompañamiento.

II. La época científica de los estudios sobre el apoyo social y acompañamiento

Podemos considerar patrimonio de nuestra época, por tanto, el estudio científico y sistemático de la influencia que los factores sociales ejercen en el bienestar y ajuste del individuo a su entorno.

Así, finales del siglo XIX y principios del XX surge un interés científico por conocer qué tipo de influencia ejercen los factores sociales en la salud mental de las personas. En 1855, un médico de Nueva Inglaterra (USA) llamado Edward Jarvis constataba en un riguroso informe al Gobernador de Massachussets que “las clases sociales económicamente más desaventajadas muestran, en proporción a su población, 64 veces más casos de demencia que las clases más favorecidas”². Algunas déca-

² Dohrenwend, B.P. et Dohrenwend, B.S. (1981), The 1980 Division Award for Distinguished Contribution to Community Psychology and Community Mental Health. *American Journal of Community Psychology*, 9, 123-163.

das después, en 1897, Durkheim, publica su estudio sobre los determinantes sociales del suicidio. A partir de un tratamiento estadístico de los datos, Durkheim examinó las tasas de suicidio en diversos segmentos de la población y encontró apoyo empírico para su hipótesis: El suicidio era más frecuente entre aquellas personas con vínculos sociales más frágiles (Durkheim, 1897/1951)³.

Al igual que otros sociólogos de principios del siglo XX –Tonnies y Weber, entre ellos– Durkheim se preocupó por la desintegración social en las nuevas sociedades industriales, postulando que el desarrollo industrial, al enfatizar el valor del individualismo, precisaba de algún tipo de transformación de los patrones tradicionales en los vínculos comunitarios y de parentesco. La pérdida de integración social, o anomia, era incompatible con el bienestar psicológico. Esta idea ha sido el motor y origen de un gran número de investigaciones orientadas a explorar el rol que desempeñan los sistemas sociales en la ocurrencia de desórdenes psíquicos.

Ya en el siglo XX, una prolongación de las tesis de Simmel (1902)⁴ sobre los efectos negativos de la vida urbana frente a la vida rural, fueron realizadas por Thomas y Znaniecki (1920)⁵ quienes observaron los efectos de la emigración de los campesinos polacos hacia áreas urbanas de los Estados Unidos. Estos autores articularon los datos recogidos a través de diferentes fuentes: entrevistas, actas judiciales, diarios, artículos periodísticos, y concluyeron que el abandono de un medio rural cohesivo en favor del ambiente impersonal característico de la ciudad industrializada norteamericana generaba problemas de comportamiento y desorganización social en el emigrante.

Entre los fundadores de lo que más tarde se llamaría escuela de Chicago, (Robert Park, Ernest Burgess y Roderick McKenzie) el interés se centra en estudiar la distribución geográfica de los problemas so-

³ Durkheim, E. (1897), *Le suicide*. Paris: PUF

⁴ Simmel, G. (1950), *The metropolis and mental life*. En K. Wolf (Ed.), *The sociology of George Simme* (publicado en 1902). Glencoe, ILL: The Free Press.

⁵ Thomas, W. Et Znaniecki, F. (1920), *The Polish peasant in Europe and America*. New York: Knopf.

ciales. Encontraron que las tasas más elevadas de desórdenes psicológicos aparecían en las áreas cercanas a Chicago, donde se estaba produciendo una transición desde las casas de renta baja hacia las zonas de elevada industrialización. Los problemas conductuales y sociales que surgían en las “zonas de transición” eran el resultado de una desintegración de las comunidades socialmente cohesivas en favor de una reubicación industrial dentro del área.

Esta línea de investigación encontró su continuidad en los trabajos de los epidemiólogos Farish y Dunham (1939)⁶, quienes consideraron la importancia de los parámetros ecológico-ambientales en la incidencia de patologías como esquizofrenia. Un análisis cartográfico de la distribución espacial y temporal de esta patología en la ciudad de Chicago, mostró dos grandes tendencias:

a) La mayor incidencia de esta patología se concentraba en la zona central más desorganizada de la ciudad; b) se observaban elevadas tasas de esquizofrenia en los enclaves étnicos minoritarios que existían en la ciudad.

Para explicar estos resultados estos autores propusieron en primer lugar que el aislamiento y la desorganización social se derivaban en consecuencias adversas para la salud, respuesta ya propuesta por Durkeim en sus trabajos sobre el suicidio. Para la segunda tendencia la explicación propuesta es más elaborada y supone que: la existencia de barreras o ruptura de la comunicación entre las personas de una comunidad constituía la génesis de la esquizofrenia entre los grupos étnicos minoritarios.

III. El apoyo social como un amortiguador de los efectos del estrés.

Es a principios siglo XX que los estudios epidemiológicos comienzan a apoyar el estudio demográfico de las enfermedades con la ayuda de la estadística. Estos trabajos contribuyeron con gran afluencia de da-

⁶ Faris, R.E. et Dunham, H.W. (1939), *Mental disorders in urban areas*. Chicago: University of Chicago Press.

tos, conceptos, teorías y modelos a la comprensión de la influencia de los factores sociales en el bienestar psicológico de las personas. Los trabajos de Hans Selye (1956)⁷ sobre el estrés pueden considerarse un digno sucesor de estos estudios. Este autor propuso el Síndrome General de Adaptación como un mecanismo fisiológico a través del cual el organismo enfrenta el estresor ambiental. Su modelo en tres fases (alarma, resistencia y agotamiento) pretende explicar los procesos neurológicos que se producen cuando el organismo se encuentra en situaciones estresantes, vinculando el estímulo ambiental y la aparición de la enfermedad.

Actualmente existe abundante evidencia empírica de cómo las respuestas cognitivo afectivas al estrés pueden alterar el funcionamiento de los procesos hipotalámicos encargados de modular los sistemas endocrinos, autónomos e inmunológicos. Una experiencia psicosocial estresante, procesada por el sistema nervioso central y modulada por las alteraciones en la función hipotalámica, puede afectar y producir cambios en el sistema inmunológico. Puesto que esta alteración está implicada en el inicio de la enfermedad, numerosos investigadores han dirigido sus análisis a identificar la naturaleza de esos estresores psicosociales.

Uno de los primeros estudios sistemáticos que buscaron relacionar factores ambientales, estrés y enfermedad fue el realizado por Hinkle y Wolf⁸ a finales de los años cincuenta a través del Programa para el Estudio de la Ecología Humana de la Universidad de Cornell. El objetivo de este programa consistía en evaluar hasta qué punto los cambios culturales, geográficos e interpersonales tenían consecuencias negativas para la salud física.

Tomaron como punto de partida los trabajos de Selye (1956) sobre la incidencia del estrés en la enfermedad y centraron sus esfuerzos en identificar aquellos factores que poseían efectos protectores de la salud. Estos factores eran de naturaleza personal (defensas psicológicas, experiencias pasadas y procesos cognitivos) y de naturaleza situacional (por

⁷ Selye, H. (1956), *The stress of life*, New York: McGraw Hill.

⁸ Hinkle, L. E. et Wolf, H.G. (1957), Health and social environment: Experimental investigation. En A.H. Leighton, J.A. Clausen y R. N. Wilson (Eds), *Explorations in social psychiatry*, New York: Basic Books.

ejemplo, acceso a recursos sociales. En particular, Hinkle y Wolff (1957) llamaron la atención sobre las diferencias individuales en los estilos de afrontamiento y en el acceso a lazos sociales compensatorios (los que hoy entenderíamos como apoyo social) en su explicación de la vulnerabilidad diferencial ante los estresores psicosociales.

Si bien los estudios epidemiológicos constataron que existían factores sociales que estaban estrechamente vinculados con la aparición de la enfermedad, los trabajos sobre el estrés no sólo fijaron conceptual y experimentalmente esa relación sino que, quizás como una consecuencia lógica de sus premisas, confirieron a la evaluación del individuo un importante rol como mediador entre el estresor y la enfermedad. Ello llevó a los investigadores a reconocer explícitamente que tanto los factores contextuales (situaciones no estresantes, por ejemplo) como los cognitivos (recursos de afrontamiento, por ejemplo) podían constituir un poderoso recurso de prevención de la enfermedad. Un planteamiento que encuentra sus precedentes en la primera mitad del siglo XX y que desembocaría más tarde en los programas de Salud Comunitaria.

Desde el punto de vista psicológico y sociológico, el interés se refirió a los efectos del acompañamiento sobre la salud y el bienestar psicológico y social. La permanencia de este interés (y su intensificación) es explicada por su contribución en la integración teórica sobre las relaciones entre factores psicosociales de riesgos y el desarrollo de problemas sociales. En este sentido, la desorganización, la desintegración social y la disolución de las redes de apoyo y los grupos sociales primarios presentes en las sociedades industriales y urbanas modernas, así como la extrema variabilidad de los valores pueden considerarse como un factor clave en la génesis de los problemas psicosociales actuales.

IV - Del apoyo social al acompañamiento.

Desde los principios de los años 70, el interés por el concepto de acompañamiento es creciente. Como concepto transversal, se utiliza en varios ámbitos en el sentido “de añadirse a una cosa para hacerla valer”. Así en el ámbito de las ciencias de la educación, el concepto toma apoyo sobre el tratamiento educativo de las “necesidades especiales”, pero se extiende su alcance a muchas situaciones donde las necesidades edu-

cativas de los alumnos –necesidades siempre específicas e individualizadas–, no pueden estar garantizado por los medios ordinarios. A lo largo del curso universitario, en momentos concretos o menos corrientes de manera permanente, en materias determinadas, cierto(a)s estudiant(e)s pueden tener necesidad, o de adaptaciones educativas, o de metodología didáctica específica, o de enseñanza de refuerzo previa, y generalmente de una orientación en algunas decisiones personales y o profesionales.

Dos criterios parecen así diferenciar el apoyo social y acompañamiento: el primero es de carácter “praxeológico”, y el segundo disciplinario. En los dos casos, el cuestionamiento epistemológico, está ausente del debate, este puede iniciarse sobre otra forma de concebir el acompañamiento.

La perspectiva psicológica de los trabajos citados anteriormente menciona de forma clara lo que se espera del apoyo social: su capacidad reparadora de disfunciones psicosociales, traducidas en ocasiones como se ha citado a través de sus manifestaciones fisiológicas en términos de estrés. El apoyo social sería así, más o menos, una de las “herramientas” en la que las políticas de Salud Pública podrían ampararse, preocupadas que están del bienestar de la población (en la medida en que su contrario, la enfermedad, es financieramente costosa). El cursor se desplaza apenas de una muesca, para que la cuestión se retorne formulada en términos de prevención: se trataría entonces de anticipar los efectos de tales situaciones, agregando inmediatamente los dispositivos dichos, esta vez, de acompañamiento. Más que de corregir los efectos de la causa a través del apoyo, el objetivo sería aquí “añadir” el acompañamiento desde el principio, como si fuera a reducir, inhibir la causa, y, por lo tanto, suprimir parte los efectos.

Parece por otro lado que la diferencia entre apoyo social y acompañamiento se realiza sobre todo desde un punto de vista teórico, o disciplinario. En efecto, la cuestión planteada al apoyo social es la de los medios de la integración social, y remite pues, más o menos, a una perspectiva sociopsicología. El apoyo social se define como “acceso a los vínculos sociales compensadores de estrés”, y el colectivo considerado como reparador de perturbaciones individuales. El acompañamiento, por su parte, se prevé en cuanto se reconoce la “dimensión singular e indivi-

dual de las situaciones”, o aún de las “necesidades especiales”. Desde esta perspectiva, estaría incluido aún en el enfoque. De todas formas, en los dos casos, se pretende siempre derivar el segundo término del primero, en un paradigma básicamente idéntico: se identifican los vínculos, se investigan en términos de “causas” y de “efectos”, y se repara, compensa, o previene.

Intentemos abordar la cuestión del apoyo y el acompañamiento a través de otra filiación, la que interpela la naturaleza, las modalidades y los objetivos de la relación, que se puede aquí llamar de manera genérica relación de ayuda, volviendo de nuevo la Porter y Rogers, considerados, por otra parte, más bien como psicoterapeutas.

A las cuestiones iniciales del tipo ¿”cómo influir al otro u otros que me son confiados o que vienen por su propia voluntad, para que se impliquen o comporten de esta u otra manera?” (Se sobreentiende que el comportamiento que deseo para ellos es “el bueno”, puesto que es socialmente dominante, conforme, o incluso institucionalmente prescrito, políticamente correcto), Rogers, añade otra cuestión: “¿cómo estar para que el otro se autoinfluya?”. Basándose en las 5 categorías de respuestas posibles definidas por Porter, Rogers desarrolla lo que se conoce como el enfoque no directivo, o centrado en el cliente, próximo según él de una relación de ayuda. Las categorías de Porter son la encuesta, la evaluación, la sugestión (el consejo), el apoyo (reforzamiento, sostén) y la interpretación, características de un determinado método de comunicación induciendo en el interlocutor un determinado comportamiento en respuesta. Traducen pues a la vez una cierta forma de relación al otro, una determinada forma de relación al conocimiento (el suyo propio y el supuesto del otro), y, en el fondo la relación del profesional con lo que él estima que es la “verdad”. La actitud de apoyo, que es lo que interesa aquí, tiene por función asegurar, proponer “pilares” que pueden ser de diferente naturaleza (emocional, moral, identificación de una comunidad compartiendo la misma suerte) y que a menudo generalizan la situación singular para trivializarla. El apoyo opera, por abajo.

En general, en las situaciones de entrevista, un ‘profesional de la ayuda’ pasa frecuentemente una a otra actitud. Tiene más bien tendencia a trabajar su profesionalidad asegurándose de no fijarse sobre una sola ac-

titud, pero a ser el que sabe, según los interlocutores y las situaciones, a utilizar distintas cuerdas de su arco⁹.

Cuando Rogers se interesa por esta cuestión, la toma hasta cierto punto a la inversa, y considera que estas actitudes son actitudes que impiden al otro de determinarse por cuenta propia: Estas van desde una preocupación de respuesta eficaz por parte del que ayuda, y no se centran pues en el cliente. Procura entonces desarrollar la actitud del profesional en función de tres calidades que son a la vez contradictorias y que hacen sistema entre ellas en sus contradicciones propias¹⁰. Estas tres calidades son: la consideración positiva incondicional, la empatía y la congruencia (o autenticidad).

El interés de la posición de Rogers, en este asunto, parece situarse a distintos niveles: político, ético, teórico, epistemológico y profesional, de los intereses que son permitidos hasta cierto punto por la posición paradójica que adopta inmediatamente y de los que no intenta salirse, pero que al contrario él operacionaliza, precisamente, a estos distintos niveles. No se trata ya, aquí, de pretender “conducir otro” “a corregir un malestar”, sino, en resumen, de ofrecerse a modalidades emparentadas contradictorias, donde se puede esperar que ellas se abrirán sobre un auto-re-organización del otro por sí mismo, sin que por ello se puedan anticipar ni las formas, ni el contenido: el futuro se asume como abierto, la cuestión del “*auto*” es central en su fuerza organizadora y en su fuerza que debe seguirse siendo inaprensible y evitándose a sí mismo, los pro-

⁹ Son figuras que se encuentran frecuentemente en la reflexión sobre el acompañamiento, inaugurando tipologías múltiples que tienen que ver con estas 5 actitudes de Porter. Véase por ejemplo G. Le Bouédec, “dirigir, seguir acompañar:” arriba, detrás de, al lado de. *Esquisse d’une topique de quelques postures éducatives*, in *Cahiers Binet Simon*, n°655, 1998, p. 53 à 64, , J.Limoges, “Des démarches d’insertion et d’employabilité aux stratégies de maintien professionnel”, en *Carriérologie*, volume 9, N° 1 et 2, 2003, p. 255 à 280, que propone una reflexión sobre acompañamiento e inserción en términos “captura, liberación y mantenimiento”, o A Lhotellier que propone rehabilitar el concepto de consejo a través del hecho “de poseer consejo”, situación interlocutiva de tipo dialógico al servicio de una búsqueda de sentido, “L’accompagnement: tenir conseil”, *ibidem*, p. 25 à 66.

¹⁰ Cf par exemple *Le développement de la personne*, Paris, Dunod, 1968, ou *La relation d’aide et la psychothérapie*, 2 vol., Paris, ESF, 1971

cesos de cambio están revelan más bien la trans-formación, fuera de la toda perspectiva lineal. Es en esto que Rogers puede aparecer como un punto de referencia para pasar del paradigma del apoyo al del acompañamiento, o también, del acompañante a acompañado¹¹.

El término de acompañamiento, en cuanto se vuelve hacia acompañante que lleva en sí el guía, el compañero, y el acompañante, intenta aquí expresar la dinámica paradójica siempre dudosa de sí mismo, que contiene: en la medida en que coloca el que dirige detrás con relación al otro, propone, en efecto, como problemática (y en consecuencia delante el *ser* reflexivo y trabajado), este vínculo singular por el cual el “*auto*”, el “*si*” de alguien se construirá por otro que él (un “*hétéro*”) en procesos circulares, cerrados y más recursivos que lineales y preprogramables. El que sabe se encuentra en la sombra¹². Es porque sabe que puede encontrarse sin estar dispuesto a precipitarse para rectificar o poner otro en el “buen camino”, sino para garantizar al otro en cuanto al camino que elige, y, por consiguiente, tranquilizarlo y motivarlo. El acompañante es un pasador de fronteras cuya postura nunca es estable, puesto que esta detrás lo que debe ver, obligado a contorsiones para no obstruir la vista del otro. Tiene el aire de no estar ahí, y por tanto, que desaparezca, y es el riesgo de vacío y ausencia de retención como la de su propia in -posibilidad que puede aparecer en el otro. Con todo, con el acompañante, solo él mismo produce. En la dirección de investigaciones –memorias, tesis, por ejemplo–, el estudiante firma su trabajo. El acompañante es citado, en la “esquina”, quizá aquél que “se asocia en la posesión (su) de bien”.

Entonces, se puede esperar, sin estar nunca seguro, encarnar la paradoja, cuya forma “más acopiada” podría expresarse en términos de compromiso y conservación, en su capacidad para personificar, por lo tanto, los enredos entre una necesaria presencia de autoridad (*augeo*: que aumenta), que sabrá ausentarse para abrir al otro a sus propios pasos. Pero

¹¹ Para un desarrollo de esta reflexión, véase, por ejemplo, F. Lerbet-Sereni, “L’accompagnement entre paradoxe et quiproquo: théorie, éthique et épistémologie d’un métier impossible”, in *Les cahiers d’étude du CUEEP, Accompagnements en formation d’adultes*, n° 50-51, Avril 2003, p. 203 à 220.

¹² Como Montaigne recomendaba observar al niño “avanzar delante”.

que esta presencia ya no esté contenida en la ausencia, y esto no es ya que un pozo sin fondo inmenso que se ofrece al otro. Se trata pues de “ser” este marco paradójico, este límite¹³ que es a la vez frontera y horizonte (lo que es otra manera de manifestar la tensión entre omnipotencia e impotencia.” Encarnar la paradoja, es llegar estar conjuntamente comprometido y a retirarse, dónde la liberación genera el compromiso que genera la liberación que genera del compromiso que...¹⁴.

¿”Cómo explicar que, en estas zonas límite donde se pone en juego la autonomía, la oscuridad sea claridad, la claridad sea la oscuridad, la eficacia sea la impotencia, y la impotencia sea la eficacia?”¹⁵. He aquí, lo que nos dice Miermont. Encarnar la paradoja para acompañar la posibilidad para el otro de estar en la apropiación con sus imposibles que lo envuelven en su in-posible, es pues encontrarse uno mismo en una posición sin garantías, que no da incluso señales de seguridad tangibles enviadas por el otro. Sucede sin embargo, sin que sea previsible ni pre-programable, que una palabra del otro paralice y un silencio ayude, como a la inversa, “(que) la eficacia devenga impotencia, y la impotencia devenga eficaz”.

2) *Perspectiva epistemológica.*

A través de este debate entre apoyo social y acompañamiento, así como entre distintas concepciones del acompañamiento, sería reductor no ver más que una contienda de escuelas, disciplinas, o campos de actividad profesional. El debate reside también, y seguramente prioritariamente, en una perspectiva epistemológica¹⁶.

En efecto, en esta cuestión, se trata de saber si se da al “*auto*” el estatuto científico adecuado, precisamente, lo que está en juego a niveles paradójicos, o incluso aporéticos, del “*auto*”, o si se lo reduce a sus dimensiones controlables, identificables, manipulables, del exterior. Sería

¹³ G. Liiceanu, (1997)

¹⁴ véase. la idea de cierre operativa de F. Varela, o de jerarquías enmarañadas en Barel y Dupuy

¹⁵ J. Miermont,(1995), p. 320.

¹⁶ Así como política, pero no la pondremos aquí discutimos (véase por ejemplo mi contribución a los Actos del Coloquio MCX de Cerisy, *Inteligencia de la complejidad*, 2005)

entonces erróneo creer que este lo que se cuestiona concierne solamente niveles consustanciales de la psicología, de la sociología, o la psicología social, y que basta con operacionalizar o “fisiologizar” o “medicalizar” la entrada por medidas objetivas (de tensión por ejemplo) para “arreglárselas”. O, más exactamente, la ciencia médica ejerce entonces su función “ayudarnos a salir del apuro”, es decir, de operar un desplazamiento (en el sentido casi psicoanalítico), que nos permite de no distinguirse, como le permite por otra parte de no percibirse a sí mismo.

Por tanto, en 1943, Georges Canguilhem, médico y filósofo, presenta su tesis “Lo normal y el patológico”¹⁷. Al diferenciar normalidad y normatividad, no hace otra cosa que eso: intentar extraer la enfermedad del paradigma de la reparación y la corrección del error, para, a través de la singularidad y la fuerza vital del “*auto*”, proponer una teorización de la autoorganización -psico-éco-lógica del tema, aunque él mismo no lo formula exactamente de este modo. Así “el estado patológico puede manifestarse, sin absurdidad, normal, en la medida en que expresa una relación a la normatividad de la vida.” Pero este “normal” no podría explicarse sin incoherencias idénticas al “normal” fisiológico ya que se trata de otras normas. Lo anormal no es tanto por ausencia de normalidad (...) el estado fisiológico es el estado sano, más aún que el estado normal. Es el estado que puede admitir el paso a nuevas normas. El hombre esta sano siempre que sea normativo a las fluctuaciones de su medio (...) Sanar, es darse nuevas normas de vida, a veces superior a las antiguas (..) Al concepto de norma es un concepto original que no se deja, en fisiología más que a otra parte, reducir a un concepto objetivamente determinable por métodos científicos”¹⁸. La salud, es esta capacidad normativa de un sujeto, que le permite que instituya, que aplique y también transformar valores y de normas, en un contexto, para sí mismo: no puede absolutamente darse del exterior, sino que procede bien de autonomía de un sujeto que él constituye a cambio.

Cuando Canguilhem reanuda su trabajo en 1966, la cuestión se complica, e intenta entonces ver en qué medida se puede hablar de normali-

¹⁷ G. Canguilhem, *Le normal et le pathologique*, PUF Quadrige, 2005 (10^{ème} édition)

¹⁸ *ibidem*, p.155-156

dad-normalización y normatividad desde una perspectiva social: “Definir el anormalité por la inadaptación social, es aceptar más o menos la idea que el individuo debe suscribir al hecho de tal sociedad, por lo tanto adaptarse ella como a una realidad que al mismo tiempo es un bien.” A partir de lo que ya hemos dicho más arriba, nos parece legítimo poder excluir esta clase de definición sin ser calificado anarquismo (...), (ya que) el medio (es) un hecho biológico (y no) físico, (es) un hecho que debe constituirse (y no) un hecho constituido (...) Lo normal y el anormal vienen determinado menos por el encuentro de dos series causales independientes, el organismo y el medio, que por la cantidad de energía puesta a disposición del agente orgánico para delimitar y estructurar este campo de experiencias y de empresas que se llama su medio. ¿Pero, dónde es la medida de esta cantidad de energía? No debe buscarse acaso, en otra parte que en la historia de cada uno de entre nosotros (...) cada uno nosotros cambia sus normas, en función de su edad y sus normas previas o principios (...) Este reconocimiento de la relatividad individual y cronológica no es escepticismo ante la multiplicidad sino la tolerancia de la variedad.”¹⁹

Lo que permite Canguilhem, en este debate, es ayudarnos a salir de una problematización clásica en términos de búsqueda de vínculo de influencia de tal (s) factor (s) sobre tal (s) factor (s), para concebir dinámicas de autorregulación consustanciales al sujeto-en-relación por acoplamiento con el medio. Nos permite, en resumen, salir de la cuestión de ¿quien fue primero el huevo o la gallina?, Reconociendo, como lo hará Varela más tarde, que esta cuestión no tiene sentido científico, porque lo vivo no es vivo de una sucesión de causas-efecto, del nacimiento a la muerte, por adaptación al medio: él es auto-productor de su propia normatividad, porque puede, igualmente dar vuelta, retomar sus experiencias, a la vez producto y productor de su medio, social igualmente. Entonces, la propia “reposición” se convierte en experiencia, y el sujeto es a sí mismo experiencia de sus experiencias de sus experiencias..., en un círculo tan recurrente como expansivo, inacabable hasta la muerte. Él es a sí mismo su propio punto ciego siempre rechazado, y su propia con-

¹⁹ *ibidem* p. 214-215

sistencia: tal es la paradoja del “*auto*”: *Yo me re-genero de lo que me escapa a mí mismo, me reconstituyo vitalmente de mis fracasos y estoy basado sobre mi ausencia de fundamentos.*

...y vuelta

¿Se trata entonces de remitir cada uno a su estricto aislamiento autorreferencial, las teorías de autonomía haciendo así la cama de un individualismo salvaje destinado a probar, por una adaptación perfectamente potente a las leyes colectivas, una todo-potencia individual? Respecto a la problemática relacional que nos preocupan aquí, se trataría más bien de no negar ninguna de las dimensiones propias a las dinámicas autorreferenciales en juego: la de cada uno de los temas en cuestión, y la de su relación. De no pretender, por lo tanto, saber lo que conviene para un otro que nosotros, de no pretender tampoco conocerlo o comprenderlo, no más que de creer poder ajustarse a él, implicado o en procesos de transformación, generados por una relación que nos transforma también, y que uno y otro transformamos²⁰.

Si se sigue a Jacques Miermont, puede ser precisamente cuando, para el observador²¹, todo se vuelve indeterminado, que el sujeto se organiza de forma autónoma²². Esto supone encontrarse uno mismo, como profesional, remitido a su propio “*si mismo*”, a su propio in-posible, para intentar dar un poco de luz sobre las múltiples sombras que llevamos y que nos son proyectadas – una luz que no pretenderá nunca la transparencia, sino que sabe que hay luz porque existe la oscuridad. Lo que nos remite “*in fine*” a la cuestión de la ética del acompañante, que es la del acompañamiento de acompañante, de la misma forma que Lacan²³, con respecto a la ética del psicoanálisis, decía que devolvía al deseo del ana-

²⁰ Sobre esta autonomía de la relación, véase por ejemplo F. Lerbet-Sereni, *La relation duale*, París, el Harmattan, 1994

²¹ El observador, es, aquí, tanto, el profesional como el investigador que intenta comprender, a través de distintas “pistas” lo que representa para la persona: no puede hacer nada mejor que formular hipótesis, para él significativas, es decir, que lo devuelven a sus in -posible (s).

²² Lo tengo, por mi parte, metodológicamente probado (cf. F. Lerbet-Séréní, 1994)

²³ J. Lacan (1986)

lista. Si se trata, paradójicamente, de aprender a escuchar lo que no se dice para no responder porque se sabría responder perfectamente, me parece importante que el acompañante se preocupe de sí mismo: de su relación a su propia insuficiencia como a su propia fuerza, y que los trabaja en otra parte que en las solas relaciones de acompañamiento: investigación, reflexión sobre su práctica de acompañamiento, en resumen, lo que puede exponerlo a sí mismo, sería una necesidad ética en imagen a la profesionalidad que saca su fuerza de paradojas a vivir sin estar nunca seguro.

Contrariamente al apoyo, el acompañamiento intentaría expresar la dimensión trágica que toda vida humana y que todo encuentro poco significativo conllevan: su horizonte es efímero. Estar de paso no molesta, sin embargo, pasar, por un “consecuentemente” que no nos concierne, que no es nuestra responsabilidad. Pero en el momento de pasar, la responsabilidad del profesional es íntegra²⁴, respecto a su propia profesionalidad. Las teorías de autonomía nos comprometerían entonces en esta autorreflexión sobre nuestras prácticas de acompañamiento, en la preocupación del acompañamiento del acompañamiento de..., es decir, en la posibilidad, para el acompañante, de aclarar sus propios dinámicos normativas, más que de descubrir cuales de los factores sociales y/ psicológicos del otro, genera en él estrés, malestar psicosocial, disfunción y, por lo tanto, anormalidad, para restablecerlas, hacerlas regresar “buen” orden previo.

Cuando Jacques Lévine ha propuesto a los grupos de apoyo al apoyo, seguramente la preocupación deontológica era del mismo orden, o próxima de aquella de Lacan, o, aquí, de la nuestra. Si se trata, a través del apoyo al apoyo, de procurarse los medios para aceptar sus debilidades, porosas, colmadas de sus propios vacíos, en resumen, de sostener que nuestra insuficiencia de conocimientos apoya nuestro saber y al revés, apoyo y acompañamiento se encuentran en connivencia teórica y epistemológica. Permanece sin embargo la connotación que el apoyo retorna a la idea que se va a hacer “mantener”, y, que por lo tanto, que podría ser esta de “el que mantiene” (algo, alguien, a estabilizarse) y que está, “acampado”, cuando el acompañamiento se vuelve, por este “ad”,

²⁴ Pero no total: ella intentaría abacarlo todo.

a la idea de “*hacia*”, de donde se puede poner en ejercicio el hecho de que se ignora todo, que nuestra profesionalidad reside en esta capacidad para estar disponible a estos “*no conocimientos*” en acción.

Conclusión

No son los contextos tanto ni las disciplinas de referencias que indicarían la división entre apoyo social y acompañamiento, sino más bien las posturas, y una determinada concepción de las ciencias humanas, y de la intervención social: entre el experto psicólogo que sabe cómo reparar o prevenir el malestar de otros que él, y el acompañante que intenta asumir que, del otro, no sabe mucho, pero que a pesar de ello contribuye a que el otro se construya, siempre acompañándolo, él continua su propio trabajo en relación sí mismo, toda la gama de actitudes es seguramente posible, sin juicios de valor. Solamente, quizá, experimentar su propia lucidez sobre sus propias intervenciones, que no dejan de transformarse, al compás de la vida profesional, sabiendo que esta reflexión es inmediata y que permanecerá, de su propia falta, es la sola garantía de la falta de conclusión de la búsqueda. Lo que supone de producir “plantillas” de lecturas plurales, y reconocer el alcance del transdisciplinariedad, ella igualmente constitutivamente abierta y porosa.

Resumen

Desde los principios de los años 70, el interés por el concepto de acompañamiento y apoyo social es creciente. Dos criterios parecen así diferenciar el apoyo social y acompañamiento: el primero es de carácter “praxeológico”, y el segundo disciplinario y ambos casos el cuestionamiento epistemológico, está ausente del debate, este se inicia en esta artículo, presentando otra forma de concebir el acompañamiento. A través de esta “cara a cara” entre apoyo social y acompañamiento, así como entre distintas concepciones del acompañamiento, sería reductor no ver más que una contienda de escuelas, disciplinas, o cam-

pos de actividad profesional. No son los contextos tanto ni las disciplinas de referencias que indicarían la división entre apoyo social y acompañamiento, sino más bien las actitudes, una determinada concepción de las ciencias humanas, y de la intervención social: entre el psicólogo que sabe cómo reparar o prevenir el malestar de otros que él, y el acompañante que intenta asumir que, del otro, no sabe mucho, pero que a pesar de ello contribuye a que el otro se construya, siempre acompañándolo, al tiempo que continua su propio trabajo en relación sí mismo, donde una amplia gama de actitudes es seguramente posible sin juicios de valor.

Résumé

Depuis les débuts des années 70, l'intérêt pour le concept d'accompagnement et de soutien social est devenu croissant. Toutefois les deux critères paraissent différencier le social de l'accompagnement: le premier de caractère plus "praxéologique" concerne d'abord l'accompagnement, et le deuxième plus disciplinaire vise le soutien social mais dans les deux cas la mise en question épistémologique, est absent du débat; celui-ci est abordé dans cette article, qui présente une autre façon de concevoir l'accompagnement. À travers cet "face à face" entre le soutien social et accompagnement, ainsi qu'entre les différentes conceptions de l'accompagnement, il serait réducteur de ne pas voir plus qu'une lutte d'écoles, de disciplines, ou de domaines d'activité professionnelle. Ce ne sont pas tellement les contextes ni les disciplines de références qui signaleraient le partage entre soutien social et accompagnement, que des postures, et une certaine conception lie aux sciences humaines, et à l'intervention sociale: entre l'expert psychologue qui sait comment réparer ou prévenir le malaise des autres, et l'accompagnant qui tente d'assumer le fait que, de l'autre, il ne sait pas grand chose, mais que pourtant il contribue à ce qu'il s'affirme, pour autant que lui, l'accompagnant, continue son propre travail avec lui-même, toute la gamme des postures est sans doute envisageable, sans bon ni mauvais genre.

Abstract

Since the beginnings of the Seventies, the interest for the concept of accompaniment and social support has increased. However the two criteria appear to differentiate the social support one from the accompaniment: the first of a more praxeological character relates to initially the accompaniment, and the second, more disciplinary, aims at the social support, but in both cases the epistemological question, is missing from the debate; the issue is approached in this article, which presents another way of conceiving accompaniment. Through this “face to face” between social support and accompaniment, as well as between the various designs of accompaniment, it would be simplistic to see no more than a fight of schools, disciplines, or spheres of professional activity. It is not so much the contexts nor the disciplines of reference would announce the division between social support and accompaniment, as the postures, and a certain design binding social sciences and social intervention: between the psychological expert who knows how to repair or prevent the ill-at-ease of others, and the accompanying person who tries to accept the fact that, he does not know a lot of things, about the other person but who however contributes to the persons well-being, in so far as he, the accompanying person, continues his own work on himself, all the range of postures is undoubtedly possible, without being good nor bad.